

El diablo habita los detalles

Júlia Ayerbe

«*Matarse, dijo, en esta coyuntura sociopolítica, es absurdo y redundante. Mejor convertirse en poeta secreto.*»

Roberto Bolaño. *Estrella distante*, pp. 82-83.

«[Fue] una noche en Valparaíso, una noche porteña. Nos enteramos que había un encuentro de poetas en el que iban a estar Néstor Perlongher, por lo cual partimos para Valparaíso. Y la verdad es que con Néstor entramos en confianza al tiro, mucho niña por aquí, niña por allá y parece que a Carrera no le gustó nada y dijo que nosotros nos estábamos propasando. Pero era una estupidez porque Perlongher estaba feliz. Me acuerdo que le regalé un guante de novia blanco y nos fuimos a carretear. Pero Néstor no pudo. Ya no estaba bien. Me contó que la terapia del Santo Daime no le estaba funcionando. Recuerdo que la lectura que hizo fue demasiado bonita, muy intensa y política. A mí me conmovió profundamente Néstor Perlongher. Son pocos los poetas que uno puede citar y este era uno. [...]»¹ Después de la mesa de cierre de la bienal, las lecturas continuaron en bares. En el Cinzano, el grupo se despidió de Perlongher que ya se encontraba debilitado de salud y no pudo acompañarlos a la gira nocturna.

Estaba investigaba al dúo chileno Yeguas del Apocalipsis para mi tesis doctoral y encontré ese pasaje en el libro *La convulsión coliza: Yeguas del Apocalipsis (1987-1997)*. Mi búsqueda original era sobre la relación del poeta Pedro Lemebel con la artista Lorenza Böttner, quien investigo. Pero en el trayecto de lectura, me encontré con esa pequeña reunión entre las Yeguas y el poeta argentino Néstor Perlongher. Era una noche de poesía, pluma, alcohol, ir de bar en bar y Perlongher a cierta altura se va, abandona el grupo porque se encontraba debilitado de salud, según nos cuenta Pedro Lemebel. Perlongher falleció en 1992, con 42 años, por complicaciones derivadas del sida.

Al leer esa escena, terminé por unos instantes abandonando al resto del grupo y quedándome un rato con Perlongher. Imaginé cómo había hecho su camino de vuelta al hotel por la ciudad de Valparaíso; si había tomado un taxi o si pese a estar cansado decidió caminar y parar a cada 150 metros para descansar y observar el paisaje. No sé si esa ciudad ofrece bancos para el descanso, pero en mi escena sí, hay bancos. Es una noche húmeda, calurosa y luminosa. Él camina, se detiene, se sienta, mira el paisaje. Lo repite dos veces y decide tomarse un taxi porque el cansancio ya borraba el paisaje. Nada mejor que sentarse en un vehículo y mirar el paisaje en movimiento, como en una película. Llega al hotel, un hotel bien, no de lujo, un tres estrellas local. Papel de pared, sábanas no nuevas pero lindas. Se tomó una ducha, pero pronto se vio un poco inseguro para salir de la bañera. Se apañó en esa acrobacia compleja, una mano en la pared, la otra en la bañera,

una pierna luego otra. Al salir a la habitación desnudo y un poco mojado, se acordó de la medicación, pero de paso vio el guante de novia que le regaló Lemebel. Qué divino Lemebel. Vistió el guante en la mano derecha, mano que en seguida cogió a las seis pastillas que tenía que tomar antes de dormir. El agua en una copa de vino.

Las escenas de intimidad de los que se retiran para descansar, para cuidarse, para estar recogidos no suelen habitar nuestro imaginario, las estanterías cintilantes de la cultura visual occidental. Cuando habitan, se encuentran desde un relato más plano, gris, trágico, horripilante, que es como se suele hablar sobre la enfermedad y el acercamiento a la muerte. No dejan de ser trágicas y horripilantes las muertes a consecuencia de la pandemia de Sida, que llevó a nuestro amigo Perlongher, ese poeta que seguramente hubiese seguido de fiesta por Valparaíso junto a sus amigas poetas. Pero cuando el cuerpo pide descanso ¿se terminan la poesía y el glamour? Deberíamos investigar.

La empresaria estadounidense Alyssa Silva una vez posteó su decisión de ponerse un maxivestido rosado para ir al hospital a hacer su visita de rutina por consecuencia de la enfermedad Atrofia Muscular Espinal. Tal vez un ejemplo radical y binario sobre cambiar el relato de una visita al hospital, de romper los colores pasteles tristes, el piso vinílico gastado de olor a desinfectante por donde pasan camas con sábanas igual o más tristes que los colores pasteles. El glamour ahí se limita a la bata blanca del médico. Lo demás, pura tragedia. Por lo menos así nos cuenta el relato. Por eso entiendo la actitud de Alyssa Silva, aunque nunca tuve el valor de hacerlo. Podríamos organizarnos y poner como regla que cuando una se enferma tiene que ir al hospital con una ropa de gala comfortable. Empezaríamos un nuevo rito social donde el hospital sería un sitio de interés estético. Se abriría un nuevo mercado de ropas de alta costura cómodas propias para enfermos. Triste y apagado quedaría la bata blanca del médico. O casi desaparecería, como es el caso del personal sanitario que aparece en el libro *The Ward*², de Gideon Mendel.

En una foto de la publicación figuran dos hombres contentos mirando a la cámara. El que se encuentra a la izquierda es un hombre negro con una sonrisa grande y pelo corto. Él parece no aguantarse de la risa y por eso se agacha un poco. Lleva una camisa blanca, una corbata estampada, una bata. Le abraza un hombre blanco que sonríe, simpático. Pelo corto, lleva un aro, una cadena plateada con un pendiente grande, una camiseta blanca, una bata. Al lado derecho, una mesita de luz. Arriba un pequeño florero con un ramito de flores y botes de medicación. En la segunda estantería, pilas de papeles y folletos. El hombre de la derecha está sentado en una cama con sábanas estampadas. La foto que te captura de distintas maneras. Dos amigos divirtiéndose. Luego me doy cuenta que el hombre de la izquierda lleva una bata de médico así que será el doctor; el de la derecha lleva una bata de estar por casa, así que será el paciente. La verdad es que no importa mucho, o no parece ser la intención del fotógrafo, Gideon Mendel, que en 1993 pasó semanas fotografiando en el London's Middlesex Hospital la rutina de John, Ian, Steven y Andre, pacientes con VIH que terminarían falleciendo ya que no llegaran a tiempo de que se hiciera accesible el tratamiento para el virus. Es un libro en blanco y negro compuesto por besos, parejas abrazadas en reposo, reuniones familiares, conversaciones, amigos, rutinas de aseo, la muerte por venir. Es duro y no tiene nada que ver con la fantasía delirante

de la fiesta de gala que quise hacer hace dos párrafos. Por otro lado, es de una belleza y ternura indescriptibles.

En 1992, un año antes de que Mendel se metiera en el London's Middlesex Hospital, año en que falleció nuestro poeta Perlongher, el escritor chileno Roberto Bolaño estaba internado en el Hospital Valle de Hebrón de Barcelona: tenía el hígado hecho polvo. En la rutina aburrida de ese hospital, donde leía distintos periódicos al día y miraba mucha televisión, terminó enterándose de los triunfos, chistes, y anécdotas de Lorenza Böttner (la que yo buscaba en las Yeguas del Apocalipsis): «A veces, leyendo sus entrevistas, me daban ataques de risa. Otras veces me ponía a llorar. También lo vi en la televisión. Hacía muy bien su papel. Tres años después supe que había muerto de sida. La persona que me lo dijo no sabía si en Alemania o en Sudamérica (no sabía que era chileno).³»

En 1992, Lorenza de había convertido en la estrella paralímpica de las Olimpiadas de Barcelona. Performó la mascota Petra, creada por el artista español Javier Mariscal, que estuvo a cargo de toda la identidad visual del evento.

Roberto Bolaño la recupera en su libro *Estrella distante*. Ahí Lorenza emerge en la narrativa por medio de una biopic verdadera y mentirosa, donde creo que lo más fantástico es realidad y lo más aburrido ficción. Pero ese límite importa poco.

Así que Lorenzo creció en Chile y sin brazos, lo que de por sí hacía su situación bastante desventajosa, pero encima creció en el Chile de Pinochet, lo que convertía cualquier situación desventajosa en desesperada, pero esto no era todo, pues pronto descubrió que era homosexual, lo que convertía la situación desesperada en inconcebible e inenarrable. Con todos esos condicionantes no fue raro que Lorenzo se hiciera artista. (¿Qué otra cosa podía ser?) Pero es difícil ser artista en el Tercer Mundo si uno es pobre, no tiene brazos y encima es marica. [...] Los amigos le preguntaban cómo se limpiaba el culo después de hacer caca, cómo pagaba en la tienda de fruta, cómo guardaba el dinero, cómo cocinaba. Cómo, por Dios, podía vivir solo. Lorenzo contestaba a todas las preguntas y la respuesta, casi siempre, era el ingenio.⁴

El ingenio, la belleza del detalle, la inversión de los modos repetidos de hacer las cosas, siempre de la misma manera, con los mismos miembros del cuerpo, la boca para eso, el brazo para aquello, las piernas para caminar. Un cuerpo que por su existencia inconcebible lleva a preguntas tan banales y ordinarias: «cómo se limpia después de hacer caca» y expone la falta de imaginación de la normatividad. El diablo habita los detalles, y por medio de ellos una puedes llegar a explotar el mundo.

Júlia Ayerbe

Texto publicado en colaboración con Bétonsalon—Centro de arte e estudios.

3 Roberto Bolaño, *Estrella distante*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1996, p. 85.

4 Idem.